

DIA CUARTO.

SANTA BÁRBARA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

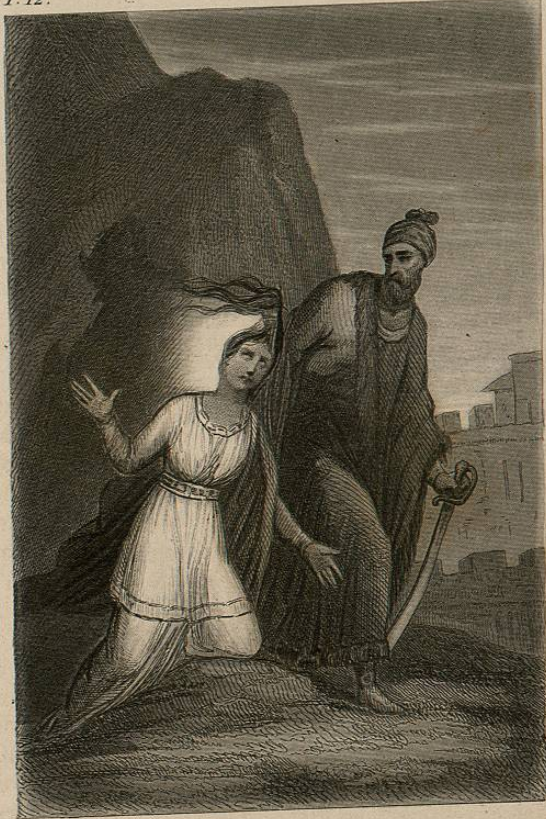
Santa Bárbara, tan célebre en la iglesia, así griega, como latina, vino al mundo hácia la mitad del tercer siglo. La opinion mas verisimil es que era de Nicomedia en Bitinia: su padre se llamaba Dióscoro, uno de los mas furiosos secuaces del paganismo que jamás se conocieron; tan obstinado y tan adicto á las extravagancias y supersticiones de los paganos, que su devocion y su culto á los falsos dioses iban hasta el delirio y la necedad. Era por otra parte de un humor extravagante y de un natural cruel, teniendo todas sus inclinaciones bárbaras: no tenia mas que esta hija, en la que Dios habia reunido todas las calidades y prendas que hacen admirar á las de su sexo, una belleza extraordinaria, un talento superior, una alma noble y tan amiga de la razon, que desde su infancia se admiraba en ella una prudencia sin igual.

Por mas bárbaro que fuese Dióscoro, no dejaba de amar á su hija apasionadamente; y este misántropo era tan idólatra de su hija, como de sus falsas divinidades. El temor de que hubiese otro que la amase tanto como él, le hizo tomar la ridicula resolucion de hacerla invisible á los hombres. Hizo construir un cuarto acomodado en una alta torre, donde la encerró con algunas criadas desde su primera juventud; y como habia reconocido en ella un talento extraordinario, quiso cultivarle, para lo cual le dió maestros.

Creciendo Bárbara en edad, crecia igualmente en agudeza y en sabiduría: sus delicias eran contemplar el cielo, y aquella multitud innumerable de estrellas,

T. 12.

P. 76.



STA BÁRBARA, VÍRGEN
Y MÁRTIR.

astros y planetas que le hermosean. No era menor la atencion, admiracion y gusto con que observaba la revolucion periódica de los cielos y de las estaciones: el curso de los astros tan regular, y toda la armonia que advertia en la naturaleza la embelesaban; y elevándose sobre los sentidos con las solas luces de la razon, decia: ¡Cuál debe ser la sabiduria infinita, el poder sin limites del artifice que ha criado todo este vasto universo, que ha arreglado con tanta habilidad todas las partes de que se compone, y que le conserva con tanto orden! ¿Quién se atreverá á imaginar que esta grande obra, que este vasto y magnifico palacio ha sido fabricado por sí mismo, ó que este mundo tan unido, tan bien ordenado y tan adornado ha sido hecho por el acaso? ¿quién no reconoce en este todo y en todas sus partes un ser soberano, y una suprema inteligencia que lo conserva y lo gobierna? ¡Qué poco merecen nuestros dioses el nombre que llevan! ¡qué divinidades tan ridiculas! se sabe cuando nacieron estos pretendidos dioses: ellos no existieron siempre; luego no se han criado á sí mismos; porque cuando uno no existe, no puede producirse ni criarse; luego es preciso que haya una suprema inteligencia, un ser soberano, que no haya comenzado jamás á existir.

Estando Bárbara ocupada en estas sabias reflexiones, supo por uno de sus maestros que habia un cristiano célebre por su talento y su ciencia, llamado Orígenes, que metia gran ruido en todo el Oriente, y que pasaba por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Bárbara, segun se cree, halló medio de hablar con él; y se asegura que fué quien antes de su caida la instruyó en todos los misterios de la fe, y le confirió el bautismo. Hecha cristiana, Bárbara conoció luego que la verdad no podia encontrarse sino en un espíritu verdaderamente cristiano. Ilustrada

por las luces de la fe, no halló gusto en adelante sino en las máximas del Evangelio. Haciendo impresión la gracia en una alma tan inocente, no aspiró sino á la soberana felicidad. El mundo le pareció no tener cosa que fuese digna de un corazón cristiano. La virginidad con especialidad le pareció una virtud tan preciosa y tan amable, que hizo propósito de perder antes la vida que este rico tesoro; siendo la augusta calidad de esposa de Jesucristo el solo objeto de su ambición y de su ternura.

Como Dióscoro tenía distintas miras en cuanto á su hija, y esta era su ídolo, pensó en buscarle un enlace correspondiente á su mérito y á sus prendas: desde luego se le presentó un partido ventajoso, que debía hacerla una de las señoras mas principales de la provincia. Le hizo Dióscoro la proposición, y se la doró con todo lo que podia tentar á una señora jóven. El desprecio con que miró la santa este matrimonio, no hizo que su padre perdiera de todo punto las esperanzas; el cual, teniendo que hacer un viaje, creyó que el tiempo la mudaría, y que á su vuelta la encontraría mas dócil: nuestra santa en este tiempo pidió á su padre que mandara hacerle en lo mas bajo de la torre un baño para su uso. Concedióselo Dióscoro, no atreviéndose á negar cosa alguna á su hija: ella misma trazó el plan, y su padre mandó á los albañiles que hicieran cuanto antes la obra. Habiendo partido Dióscoro, nuestra santa dió prisa á los obreros; pero lo que queria no era un baño, sino una capilla: mandó hacer en ella tres ventanas, que á falta de imágenes la representaban el misterio de la santísima Trinidad.

Habiendo vuelto Dióscoro de su viaje, corre adonde estaba su hija, la abraza, y no dudando que hubiese mudado de sentimientos sobre el partido que le habia propuesto, le pregunta si permanece siempre resuelta

á no admitir el casamiento. Nuestra santa le responde que la ternura con que ama á su padre no le permite apartarse de él para pasar á la casa de su esposo. Vos, padre mio, sois ya viejo, le dice con un tono tierno y afectuoso; permitid que cuide yo de vuestra vejez. Dióscoro, enternecido y embelesado de una respuesta tan officiosa y tan obligatoria, no le habló mas de casamiento; pero imaginando que la soledad en que habia criado á su hija fuese la causa de lo disgustada que estaba del mundo, determinó ponerla en su casa, y hacerla tratar con toda especie de gentes.

La santa sintió vivamente dejar su soledad; pero instruida por el Espiritu Santo, y fortalecida con la gracia, determinó hacerse un retiro interior en el fondo del corazón, en donde esperaba no perder jamás de vista á su Dios. Como su padre era el pagano mas supersticioso que se vió jamás, habia procurado llenar su casa de ídolos: al entrar Bárbara en ella quedó sorprendida de esta tapicería; y no pudiendo disimular su indignación, dijo á su padre con un tono indignado: ¿Qué hacen aquí todos estos ridículos muñecos? Dióscoro herido vivamente de esta pregunta, y de los términos de menosprecio de que se habia servido para burlarse de sus dioses, le respondió con un tono áspero, mezclado de amenazas: ¿Cómo hablas así? ¿llamas muñecos á los sagrados ídolos de nuestros dioses? ¿ignoras acaso el respeto que se les debe, y á qué castigo se expone el que los insulta? Nuestra santa movida de compasión á vista de una ceguedad tan lastimosa, y animada al mismo tiempo de un nuevo zelo, le dice: ¿Es posible, padre mio, que un hombre del juicio y cordura que vos, tenga por dioses á las obras de los hombres? ¿ignorarais las infamias de una Venus, y los horrendos desórdenes de un Marte, de un Neptuno, de un Apolo,

de un Júpiter? esta sola multiplicidad de divinidades ¿no es el mayor monstruo que se puede pensar? Sabed, padre mio, que no hay mas que un solo Dios, el cual es el ser supremo, criador de todas las cosas, todopoderoso, infinito, soberano señor del universo, solo juez árbitro de la suerte de todos los hombres; y este Dios único y solo digno de respeto y adoracion es el Dios de los cristianos; toda otra divinidad es una pura quimera.

Dióscoro estaba tan aturdido de lo que oia, que parecia haber quedado yerto todo el tiempo que duró el razonamiento. Mas volviendo de su pasmo, se abandonó á su natural fogoso y brutal; y haciéndole olvidar su cólera que era padre, arrebatado de un furor que no le permitia usar libremente de la razon, corre á tomar el sable para degollar á su hija, jurando por sus dioses que él mismo ha de ser su verdugo. No ignoraba la santa lo que era capaz de hacer su padre, y así creyó que debia quitarle la ocasion de cometer un tan horrible parricidio: escapando, pues, de su furor por medio de la fuga, atraviesa un campo para buscar un asilo donde ocultarse. No bien habia vuelto en sí Dióscoro, corre en su seguimiento; pero una roca se divide milagrosamente para franquearle paso: mas esta maravilla hizo poca impresion en aquel furioso, el cual, habiéndola perdido de vista, se puso mucho mas colérico. Se informa dónde estaba aquella á quien perseguia con tanto furor y rabia. Un pastor le señala una gruta cubierta de ramas donde la hija habia ido á esconderse. Habiéndola encontrado el bárbaro padre, se arroja sobre ella como un lobo rabioso sobre una inocente oveja, la arrastra por los cabellos, y habiéndose convertido en furor toda su ternura, la trata con tanta crueldad, que hubiera causado lástima aun á las bestias mas feroces. Llevándola despues medio muerta á su casa, hubiera

acabado de quitarle la vida, si hubiera creído poderlo hacer impunemente. Resolvió delatarla al gobernador por cristiana, esperando que podria negar la fe á la vista de los suplicios; ó que, si perseveraba en querer ser cristiana, por lo menos tendria el bárbaro placer de verla espirar en los tormentos.

No tardó Dióscoro mucho tiempo en ejecutar su cruel desígnio: va á buscar al presidente, llamado Marciano, y le presenta aquella inocente víctima atada como una criminal, y toda acardenalada. Viendo Marciano á esta jóven doncella, en quien la mansedumbre y la modestia igualaban á la belleza, se movió á compasion; mandó quitarle los cordeles con que estaba atada, y blasfemando de la severidad que el padre habia usado con ella, emplea todos los artificios para hacerla renunciar su religion. Alaba su belleza, su talento, su raro mérito, y le promete todo lo que puede lisonjear y tentar á una doncella jóven, si quiere obedecer las órdenes del emperador, y adorar los dioses del imperio. Entonces nuestra santa, que hasta aquí no habia dicho palabra, habló al gobernador con tanta energia y elocuencia de la nada de todas las ventajas pasajeras con que la lisonjeaba, de la quimérica y extravagante divinidad de los pretendidos dioses de los paganos, y de la verdad y santidad de la religion cristiana, que toda la asamblea quedó admirada. El juez mismo se sorprendió; pero temiendo caer en desgracia de la corte si disimulaba el hecho, ó si no usaba de severidad con esta jóven cristiana, la hizo despedazar á golpes, que hicieron de todo su cuerpo una llaga: despues, poniendo sobre su carne un horroroso cilicio de cerdas, la hizo encerrar en un calabozo, donde cada instante sufría un horrible y doloroso suplicio. Jesueristo se le apareció por la noche, la consoló, la animó y le prometió sostenerla en medio de los tormentos; y

para darle pruebas sensibles de su proteccion, la curó repentinamente de todas sus llagas.

Por la mañana la hizo comparecer Marciano ante su tribunal, y hallándola perfectamente curada, quiso persuadirle que debia su curacion al poder de los dioses; pero la santa, mirando con compasion á este pagano, le dijo: Señor, ¿sois tan ciego, que creais que unos ídolos, que necesitan de la mano de los hombres para ser lo que son, hayan podido obrar este prodigio? Ninguno de vuestros quiméricos dioses tiene poder para tanto: quien me ha curado es solo Jesucristo, vuestro Dios y el mio. Aunque hagais piezas mi cuerpo, el que me ha dado la salud puede tambien darme la vida. Yo le he hecho un sacrificio de la mia, segura que vive eternamente con él en el cielo el que muere aqui por su amor. Irritado el tirano con esta respuesta, la hizo despedazar con uñas de hierro, y despues le hizo quemar los costados con hachas encendidas. Todo el tiempo que duró este cruel y horroroso suplicio tuvo la santa levantados sus ojos al cielo; y con un rostro risueño decia: Señor, que conocéis el fondo de los corazones, vos sabeis que el mio no ama sino á vos, no desea sino á vos, y en vos solo pone toda su confianza. Dignaos socorrerme en este duro combate; y no permitais que vuestra esclava y vuestra esposa sea jamás vencida. No me arrojéis de vuestra presencia: haced que vuestro santo espíritu no se aparte jamás de mí. El tirano, enfurecido y despechado al ver la intrepidez de esta heroína cristiana, mandó que le cortaran los pechos. Aunque el suplicio fué cruel, y el dolor vivo y agudo en una doncella de diez y ocho á veinte años, la mano del Todopoderoso la fortaleció y la sostuvo. Se le apareció segunda vez Jesucristo, y derramó en su alma tantas dulzuras, que casi no sintió en adelante el rigor de los suplicios. Por último, perdiendo el pre-

sidente toda esperanza de vencer su fe, y de cansar su perseverancia, la condenó á que le cortaran la cabeza.

Dióscoro, este padre cruel, inhumano y feroz, no contento con haber estado presente á todos los suplicios de su hija, llevó la barbarie hasta el extremo de querer ser él su último verdugo. Pidió al juez le hiciese el gusto de que su hija no muriese por otras manos que por las suyas. Una petición tan bárbara, que causó horror á todos los que estaban presentes, le fué otorgada. Aquella casta víctima fué llevada fuera de la ciudad á una pequeña colina, adonde habiendo llegado, se puso de rodillas, levantó los ojos al cielo, y habiendo hecho una breve oración, suplicando al Señor que aceptara el sacrificio que le hacia de su vida, alargó el cuello á aquel padre inhumano, el que de un sablazo terminó una tan bella vida, y le procuró la gloria del martirio el dia 4 de diciembre, siendo emperador Maximino. El cielo miró con horror la inhumanidad de este padre bárbaro, y quiso librar al mundo de este monstruo de crueldad; pues al bajar de la colina todo teñido en la sangre de su propia hija, estando el cielo sereno y el aire muy quieto, se oyó el ruido de un trueno, y un rayo abrasó al pié del monte á este padre inhumano. Poco tiempo despues tuvo la misma suerte el gobernador Marciano, siendo muerto por un rayo. Desde entonces se hizo universal el culto de esta gran santa, tanto en la iglesia griega, como en la latina; y en toda ella es invocada, especialmente contra los truenos y rayos. Por el mismo motivo la invocan tambien para alcanzar de Dios la gracia de no morir sin los últimos sacramentos. Un insigne milagro aumentó esta devocion y la confianza de los fieles en esta gran santa.

El año 1448 sucedió en la ciudad de Gourcun en Holanda, que un hombre llamado Enrique, muy de-

voto de santa Bárbara, por la confianza que tenía de que le alcanzaria la gracia de no morir sin sacramentos, se encontró rodeado de fuego en un incendio, sin esperanza de salvar la vida. En este conflicto recurrió á su santa protectora, la que se le apareció; y aunque no le habia quedado ya sino un soplo de vida, por haber sido tan maltratado del fuego, que no tenia figura de hombre, le dijo que Dios le alargaba la vida hasta el día siguiente para darle tiempo de recibir los últimos sacramentos de la Iglesia; y habiéndose apagado el fuego al mismo instante, se confesó, recibió el viático y la extremauncion: el mismo sacerdote que le confesó, llamado Teodorico Pauli, dejó á la posteridad la historia de este gran milagro. En la historia de san Estanislao Koska, de la Compañía de Jesus, se halla otra prueba insigne de esta singular proteccion, de resultas de una confianza semejante á la expresada.

Habiendo sido llevado á Constantinopla el cuerpo de esta santa, fué depositado al fin del nono siglo en una iglesia erigida á honra suya por el emperador Leon. Pero el año novecientos noventa y uno, siendo emperador Basilio, dieron estas santas reliquias á los Venecianos, cuya mayor parte se guarda todavía hoy en la iglesia de los padres de la Compañía de Jesus de Venecia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Imola, san Pedro Crisólogo, obispo y confesor.

En Nicomedia, el suplicio de santa Bárbara, vírgen y mártir, que, en la persecucion de Maximino, despues de haber sufrido mil molestias en la cárcel, el tormento de teas encendidas, la amputacion de los pechos y otros tormentos, consumó su martirio á fillos de la cuchilla.

En Constantinopla, san Teofanes y compañeros.

En el Ponto, san Melecio, obispo y confesor, quien, aunque era muy distinguido por su grande erudicion, era sin embargo todavía mas ilustre por la virtuosa nobleza de corazon y la pureza de su vida.

En Bolonia, san Félix, obispo, el cual habia sido antes diácono de la iglesia de Milan bajo san Ambrosio.

En Inglaterra, san Osmundo, obispo y confesor.

En Colonia, san Anon, obispo.

En Mesopotamia, san Marutas, obispo, quien reparó las iglesias que habian sido arruinadas en Persia por la persecucion del rey Isdegerdo; y como fué ilustre por sus repetidos milagros, mereció ser venerado hasta de sus mismos enemigos.

En Parma, san Bernardo, cardenal y obispo de aquella ciudad.

En Mende, san Iserio, obispo de Javoux.

En el Berri, san Cirano, primer abad de Lonrey.

En el Mans, santa Adeneta, abadesa del Prado.

En Bourges, santa Bertora, fundadora del monasterio de Nuestra Señora de Sales, bajo la regla de san Columbano.

Este mismo día, san Clemente Alejandrino, célebrimo por sus escritos.

El propio día, san Cristiano, mártir, y algunos otros.

En Alejandria, el tránsito de san Heraclas, obispo, hermano del célebre mártir san Plutarco, discípulo de Origenes.

En Egipto, san Samuel de Calmua, abad.

Este mismo día, santa Marina, que se disfrazó de hombre; es venerada el día 18 de junio en Paris en la iglesia de su nombre.

En la ciudad llamada Cinco Iglesias en Hungria, san Mauro, obispo de aquella ciudad, el cual habia sido monje de san Benito.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue :

Deus, qui inter cætera potentia tuæ miracula etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti : concede propitius, ut qui beatæ Barbaræ, virginis et martyris tuæ, natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur. Per Dominum nostrum...

La epistola es del cap. 51 del libro de la Sabiduria.

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo : quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium factus es mihi adjutor. Et liberasti me, secundum multitudinem misericordiæ nominis tui, à rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me : à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata : de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta : laudabit usque

O Dios, que entre los otros prodigios de tu poder has hecho victorioso en los tormentos del martirio el sexo mas frágil, concédenos la gracia de que honrando el dichoso nacimiento al cielo de santa Bárbara, virgen y mártir tuya, caminemos á tí por medio de sus ejemplos. Por nuestro Señor...

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector. Glorificaré tu nombre, porque librate mi cuerpo de la perdition, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me librate, segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las pala-

ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

bras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes : mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

« En el último capítulo del Eclesiástico, de donde » se ha tomado esta epístola, Jesús, hijo de Sirach, » autor de este libro, da gracias á Dios por haberle » libertado de muchos y grandes riesgos. Este santo » hombre fué acusado ante Antioco Epifanes, rey de » Siria, que mandaba entonces en la Judea; y quizá » fué en esta ocasion cuando pasó á Egipto, en donde » parece haber residido los últimos años de su vida, » como se colige de haber encontrado su hijo sus es- » critos en Egipto. »

REFLEXIONES.

Me librate, segun la muchedumbre de tus misericordias, de los leones rugientes. ¿Por ventura no son nuestras pasiones estos leones rugientes? A lo menos tienen toda la fiereza, toda la fuerza y toda la crueldad de los leones; ¡y qué horrible destrozo no hacen en nuestra alma! Las pasiones son nuestros mas mortales enemigos, tanto mas temibles, cuanto son mas domésticos. Por mas que se las acaricie, se las halague y se las trate bien, jamás se domestican, jamás se amansan. ¡Qué enemigo, buen Dios, no alimentamos en nosotros mismos! El medio de domar un enemigo tan terrible es no hacer jamás paces ni treguas con él. Somos vencidos desde el instante mismo en que le tratamos con blandura. La victoria depende casi enteramente de la resistencia y porfia del combate. ¿Se halaga una pasion? se hace desde luego

mas fiera y mas impetuosa; basta que se la deje respirar un momento para que cobre nuevas fuerzas, forme nuevas cadenas, y lo lleve todo á sangre y fuego. Hay pasiones que es menester maltratar enteramente: otras se deben atacar de frente; las hay tambien de tal calidad, que solo con la huida podemos no ser vencidos de ellas. No vencer una pasion sino á medias es irritarla, no quitarle las fuerzas. Las reflexiones sobre los tristes efectos de las pasiones son un excelente remedio contra las pasiones mismas. Ciertos pueblos procuraban hacer ver á sus hijos un hombre inflamado en cólera, en los furiosos transportes de esta pasion, para inspirarles horror á este brutal frenesí. Esta especie de pinturas no dejan de hacer su impresion. Si el avaro, si el orgulloso pudieran ver sus retratos al natural; aquel sus sucios ahorros y su voluntaria miseria, á fin de dejar mas hacienda á unos ingratos que se divertirán á costa de un tonto; este sus ridiculas ideas de grandeza, y la desmedida estimacion que hace de sí mismo con mérito tan mediano; esta sola vista les podia servir de contraveneno, ó á lo menos debilitaria mucho la pasion. Un hombre cuerdo se avergonzaria de ser colérico, de ser avaro; y un hombre cristiano de ser soberbio y altivo. Todas las demás pasiones no dan mejor idea de sí á quien las ve tales como son. Es un artificio de nuestro amor propio el no hacernos ver nuestras pasiones sino bajo mentidos colores; no nos parecen violentas, hediondas, enemigas y perniciosas sino en los otros. Queremos que las nuestras sean siempre mas bien acondicionadas, queremos que tengan un aire mas afable y menos rústico. Mirémoslas sin preocupaciones; pensemos de nosotros mismos como los otros piensan; no miremos nuestras pasiones sino en sus efectos; estos son sus verdaderas imágenes: quitémosles la mascarilla, veámoslas sin

disfraz, y nos desagradarán. ¡Buen Dios! ¿no es de temer que estemos de inteligencia con ellas? Lo cierto es que se alimentan á nuestras expensas. La indulgencia con que las excusamos da bastante á conocer que no las miramos siempre como á enemigas. Con mas indulgencia tratamos á nuestras pasiones, que ellas á nosotros: si quisiéramos vencerlas, no nos faltarian modos ni medios para conseguirlo.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum caelorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes: mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y

emere, venit sponsus : et que-
parate erant, intraverunt cum
eo ad nuptias, et clausa est
janua. Novissimè verò veniunt
et reliquæ virgines, dicentes :
Domine, Domine, aperi nobis.
At ille respondens, ait : Amen
dico vobis, nescio vos. Vigi-
late itaque, quia nescitis diem,
neque horam.

MEDITACION.

DE LA VIGILANCIA CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuán funesto fué á estas vírgenes poco vigilantes su corto sueño. Despiertan sobresaltadas, echan de ver entonces que se apagan sus lámparas por falta de aceite, y corren á comprarlo. En este corto intervalo viene el esposo, y llena de sus gracias á las vírgenes sabias, esto es, á las vírgenes vigilantes que no se habian dejado coger del sueño. Las vírgenes necias, quiero decir, las que por su descuido y su soñolencia no habian provisto sus lámparas, vuelven á toda diligencia; pero el esposo habia ya entrado, y se habia cerrado la puerta: llaman, gritan, suplican, lloran; pero se les responde: *Nescio vos*: No sé quiénes sois; no os conozco. ¡Ah! Señor, ¡y qué necesaria es para la salvacion la vigilancia cristiana! Mientras estamos en esta vida vivimos en un país enemigo: todo es riesgos, todo tentaciones, todo lazos: nuestros sentidos nos engañan, nuestro espíritu nos deslumbra, nuestro propio corazón nos hace traicion. Muchos son los objetos que nos tientan: el aire del mundo es con-

tagioso: nosotros mismos somos nuestros mayores enemigos: ¿de qué armas, de qué precauciones no necesitamos para no ser vencidos? El Salvador del mundo reduce todas sus instrucciones á dos obligaciones esenciales, en que están contenidas todas las otras: *Vigilate et orate*: velad y orad para que no caigais en la tentacion. ¿Y porqué esto? Porque estas dos obligaciones encierran en sí toda la economía de la gracia y de la libertad del hombre, las que deben concurrir juntas para vencer la tentacion. La oracion nos alcanza del cielo los socorros que necesitamos para pelear; y la vigilancia nos pone en estado de usar valerosamente de estos socorros, inútiles si no concurren juntos. Tú oras, pero te falta la vigilancia; oracion inútil, pues tu falta de vigilancia impide el efecto de tus oraciones. Tú velas, pero no oras; vigilancia vana é ilusoria, porque te prometes vencer al tentador con tus propias fuerzas. Un hombre que ora sin velar sobre sí mismo, es, por decirlo así, un hombre armado de toda suerte de armas, que se duerme á vista de su enemigo. Un hombre que vela y no ora sin cesar, es un hombre que está siempre en estado de pelear, pero sin armas y sin defensivos. Considera cuán indispensablemente necesarios son estos dos medios, y reconoce con dolor el funesto origen de todas tus tristes caidas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que orar sin velar es presumir de la gracia, y lisonjearse de una esperanza quimérica de vencer sin pelear con el enemigo. Velar sin orar es presumir de sus propias fuerzas, y exponerse temerariamente al peligro de caer en la tentacion. Orar sin velar es contar con un socorro que ó no tendremos ó que haremos nos sea inútil. Velar sin orar es contar con un socorro demasiado débil para sos-